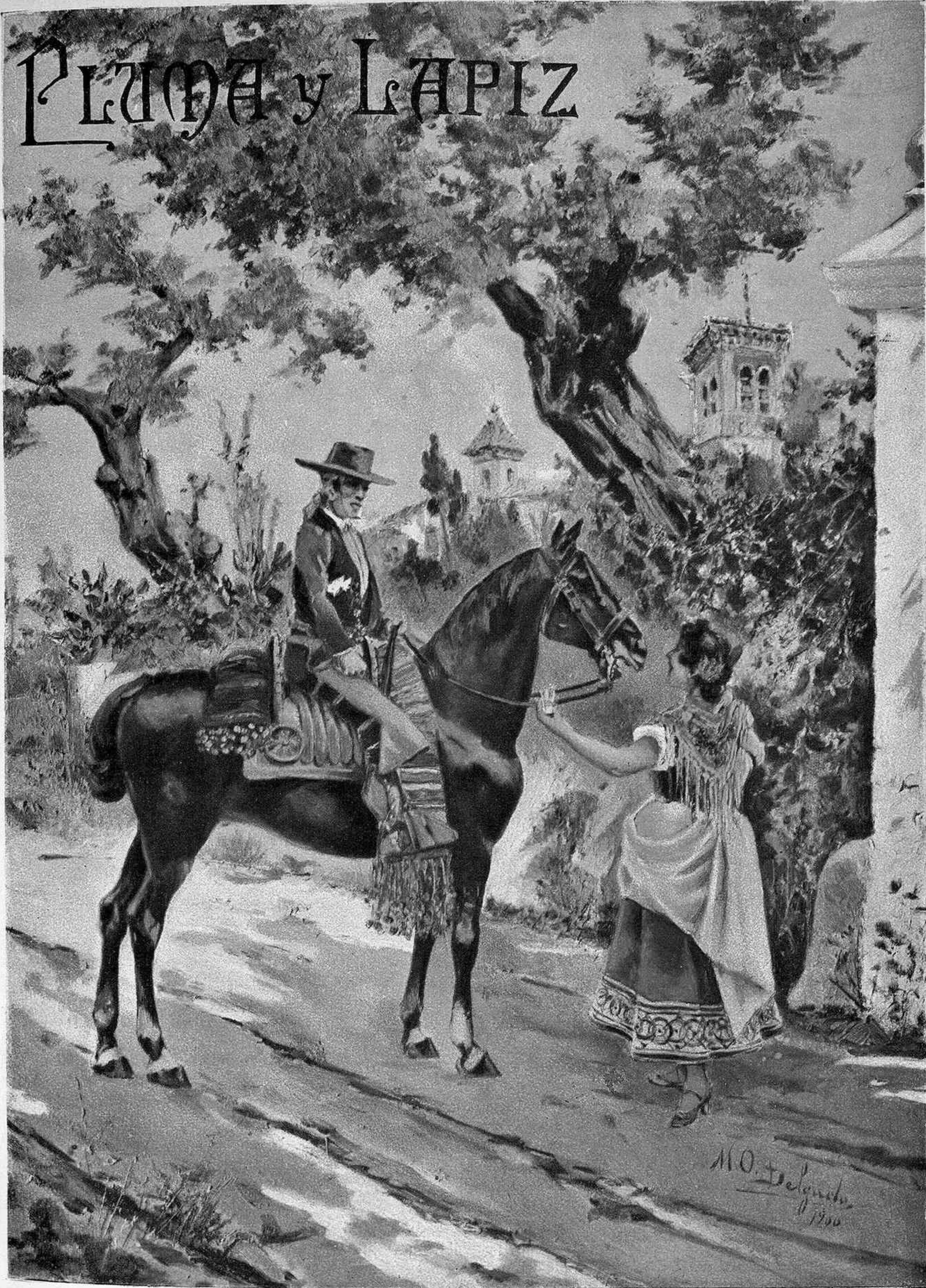


# PLUMA y LAPIZ



NÚM. 70





Dibujo de PABLO BÉJAR.

## EL PAN CELESTIAL

Por arenosos senderos  
de la región africana  
cruzaban, una mañana  
de Julio, dos misioneros.  
Paso á paso iban los dos  
por el desierto paraje,  
sin encontrar un salvaje  
para hacerle amar á Dios;  
y, aunque la arena candente  
sus desnudos pies calcina  
y el sol que el orbe ilumina  
tuesta la piel de su frente,  
ellos con ruda entereza  
recorren milla tras milla  
¡sin llevar una sombrilla  
ni una chica de cerveza!  
—Hermano—dijo uno, al fin—  
siento desfallecimiento,  
y estoy cansado y sediento...  
—¡Callad, por Dios, fray Quintín!  
Si el Sahara es enojoso,  
tened por seguro, hermano,  
que en el oasis cercano  
encontraremos reposo.  
—Esa esperanza me alienta  
fray Simón; pero, con todo,  
viajar mucho de este modo  
no había entrado en mi cuenta.  
—Mostrad más resignación,  
hermano, más fortaleza,  
y comprended la grandeza  
que encierra nuestra misión.

Para difundir la luz  
hemos cruzado el Estrecho  
ostentando sobre el pecho  
el emblema de la Cruz.  
Yo conozco esta región  
que otra vez he visitado  
y en la cual he realizado  
cien obras de conversión.  
Es gente de escaso arrojo  
que idolatraba á la luna.  
—¡Culto raro!  
—Por fortuna,  
yo les hice abrir el ojo.  
Aborrecen la pelea  
y son de castas costumbres...  
ved, fray Quintín, las techumbres  
de las chozas de la aldea.  
—¡Gracias á Dios!.. Si es más lejos  
no llego á la aldea sano.  
—No habréis olvidado, hermano,  
mis oportunos consejos.  
Empleando en el lenguaje  
dulces frases de atracción,  
nuestro pan de redención  
lo come hasta el más salvaje.  
Le cuesta entrar en los troles,  
pero, al fin, queda vencido:  
así en Joló, he convertido  
una porción de igorotes.  
—No cometeré un desliz,  
fray Simón, causa de duelo.  
¡Yo les daré pan del cielo,  
si me dan pan de maíz!

\* \* \*

Así nuestros misioneros  
fueron hablando, animados,  
cuando, de pronto, rodeados  
se encontraron de guerreros.  
Hombres de mirada fiera  
y de continente bravo,  
¡que no usaban taparrabo  
ni cosa que lo supliera!  
—¿Qué es esto?... dijo alarmado  
fray Quintín; y, entre confuso  
y triste, el otro repuso:  
—¿Esto?... ¡Que me he equivoca-  
—¿Equivocado? No atino. [do!  
—¡Qué desgracia, Dios clemente!  
—Pero ¿qué es?...  
—Sencillamente  
que tomé mal el camino.  
—¡Jesús! ¿Es decir, hermano?...  
—¡Que hemos dado en nuestro via-  
con la tribu más salvaje [je  
del territorio africano!  
—¡Fray Simón!  
—¡Como os lo digo!  
—Y esta kábila infernal  
¿no querrá pan celestial?  
—Ni aunque la den pan de trigo.  
—¿Entonces?...  
—¡Ay, compañero!  
por mi torpeza os inmolo.  
¡Quintín!... ¡Estos comen sólo  
chuletas de misionero!

† FLORETE



# UN ANARQUISTA

(CUENTO)

Al pobrecillo Juan de Dios le habían sorbido el seso y trastornado el cacumen los amigos con quienes se reunía en el local de la asociación formada por los del oficio, y de la cual habría de salir, á juzgar por lo que á diario allí se decía, la regeneración del orbe, colocando todas las cosas en su primitivo estado, por medio de los poderosos argumentos de

la dinamita, á fin de poder adoptar en lo sucesivo nuevas y más humanitarias orientaciones. Tal era el punto de partida de aquellos seres, ante cuyo sólo nombre se estremecen de pavor los grandes, los ricos, los reyes y los magnates.

Juan de Dios creía de buena fe en todas las doctrinas sociológicas historiadas por Nettlan, y su cere-



bro era un *maremagnum*, una verdadera prendería de retazos filosóficos, literarios y científicos que apenas podía digerir y que le volvían loco, indiferente á la realidad de la vida, utópico, soñador, llegándose á considerar la encarnación pura del Antecristo.

Juan de Dios no era malo, y, no obstante, como el maniático que no puede sustraerse al objeto de su locura, él, cual si una fuerza poderosa, irresistible, le obligase á deletrear de continuo el credo de su doctrina, repetía y repetía maquinalmente con el pensamiento el primer discurso anarquista que oyó y le quedó grabado en la memoria con letras de oro y fulgores de sangre.

«..... la anarquía es la república de los diez mil estropeados paladines que en vano pretenden redimir á mil millones de esclavos. Los más desgraciados se acogen á nuestra bandera... Somos los débiles que se defienden á sí mismos... El cojo Libertad opone sus muletas al Krupp de los ricos y con ellas sacude el polvo de los iscaríotes... Los ciegos, los collituer-tos y los derrengados, forman en nuestra vanguardia... Nuestros oradores son mudos, nuestros guías ciegos, nuestros combatientes paráliticos... Nuestros dioses son Cuasimodo y Gynplaine. Las gibas de nuestros héroes corcovados contienen el veneno necesario para destruir la vida de nuestros príncipes. La ironía de nuestros bufones amargará ¡oh, nobles banqueros! ¡oh, magnates de la industrial! vuestros goces dulcísimos. En cuerpo deforme, alma hermosa; en odre viejo, vino exquisito. Arrancamos al stradivarius roto un sonido que vibra largo instante, y al corazón muerto latidos armoniosos. Esa es nuestra obra.....»

Y el infeliz consideraba como el pináculo de la felicidad terrenal el poder emular las glorias de Constant Martín, Tournadre, Prots, Degalves y Buteaud, patriarcas del anarquismo, con un hecho que equi-



valiese á la fuerza del uno, la despreocupación del otro, los conocimientos de éste y la olímpica soberbia de aquél.

\* \* \*

El atentado habría de ser de los que dejan fama eterna, para lo cual, el grupo del que formaba parte Juan de Dios, no había reparado en hacer todos los estudios y preparativos que la magnitud del espectáculo reclamaba. Había que continuar dignamente la obra terrorista iniciada por Orsini y echar, amasados con sangre burguesa y azul, los cimientos de una sociedad nueva, hermosa, redimida y libre. Así se habían expresado en el Club y así se proponía obrar Juan de Dios, quien reclamó la honra de constituirse, siquiera por una vez, en el brazo ejecutor del gran acto de justicia y equidad que se había acordado, como punto de partida de otros nuevos, sucesivos y emocionantes.

La gran bomba de dinamita, de esa materia infernal, símbolo del progreso indudable de una sociedad maldita y que hace sucumbir al herido en medio de convulsiones titánicas y después de horrorosa agonía, había de ser arrojada en el templo en el instante preciso en que los magnates, los ricos, los poderosos allí congregados, doblaran hipócritamente, ante el Altísimo, la rodilla, dejando, no obstante, erguido y soberbio el corazón.

El plan era horroroso, las víctimas seguras... la hecatombe resultaría inmensa y el nombre de Juan de Dios—y con esta vanidad pueril el hombre se solazaba—pasaría á figurar al lado de los que, él y los suyos, consideraban glorificables como mártires de la redención social.

La policía, siempre torpe, no pudo ó no supo cortar el golpe terrible, y conforme lo dispuesto por aquel grupo de hombres que, desde su madriguera, habían



coordinado su diabólico plan, cuando en la casa del Señor se celebraba, en medio de nubes de incienso y músicas dulzonas, la gran fiesta que anualmente organizaban los grandes, los afortunados y los nobles, más que con el deseo de hacerse agradables á los ojos de Dios, con el de exhibir, ante el público embobado, sus riquezas, sus oropeles, sus uniformes bordados y sus joyas diamantinas; cuando los cantores entonaban hosannas que parecían llegar al cielo azul y los sacerdotes, ante el presbiterio, se volvían para bendecir, luciendo los rameados fulgurantes de oro y plata de sus pesadas capas pluviales y los rayos del sol, tamizados por las pintarrajeadas vidrieras de colores, envolvían en tintas bermejas y violáceas el aristocrático concurso, la mano oculta, repugnante, traidora de Juan de Dios, cumpliendo la sentencia dictada por el tribunal anarquista, arrojaba en plena nave la bomba destructora, preñada de explosivos y municiones que, al explotar y difundirse por todos los ámbitos de la casa del Señor, aplastó cráneos, desgarró carnes, vació vientres, confundiendo en un gigantesco grito de dolor y pismo los múltiples ayes, quejidos y lamentos que salían de todas las

bocas que aún hablaban y de todos los corazones que aún latían.

\* \* \*

Juan de Dios contempló su obra impávido: ya sabía él que había de producir aquellos efectos. Después de todo, veía cumplido lo que tantas veces había soñado

y se consideraba triunfador de todas aquellas que antes eran vivas y ahora eran muertas representaciones de la burguesía, que odiaba con rabia pulverizadora.

Libre de sospechas, pudo tranquilamente despejar su cabeza con el aire puro de la calle y dirigirse á almorzar á su casa.

En ella, con quien tropezó primeramente fué con su hijo, un chicuelo rubio y hermoso que se entretenía en tirar de los bigotes á un gato que bufaba, y Juan de Dios, pasando su mano salpicada de sangre sobre las doradas guedejas de su pequeñuelo, le dijo, recriminándole amorosamente:

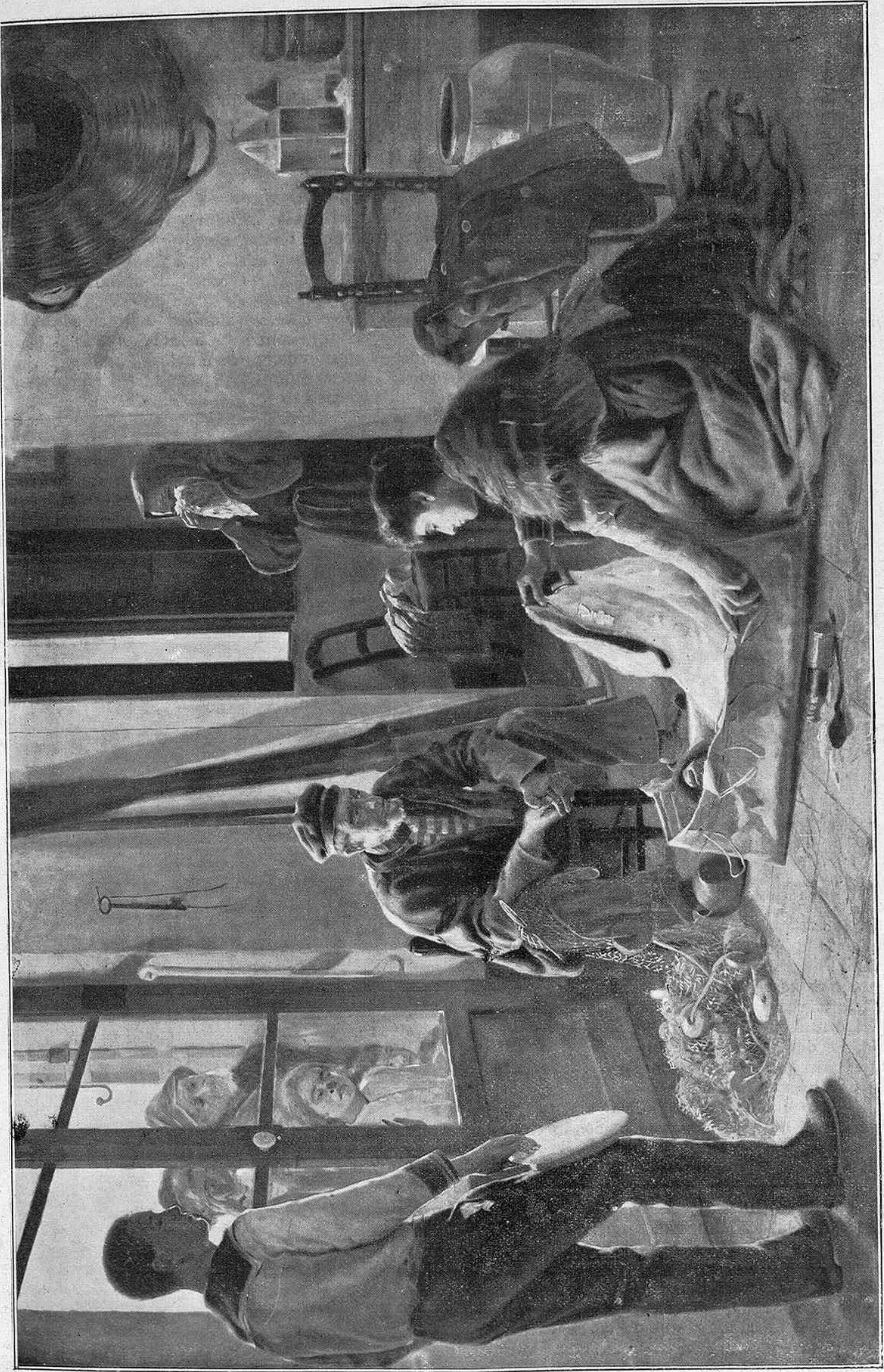
—Juanito... hijo mío... ¿no te tengo dicho que á los animales no se les hace daño?...

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

Ilustraciones de ARGEMÍ.



O. GARÍ TORRENT



¡TRISTE INVENTARIO!



## EL CLAVEL ROJO

**M**EDIO oculto en la penumbra que reinaba en el fondo de su palquillo *avant-scène* y cambiando de postura á cada instante, con movimientos bruscos que hacían crujir la silla en que se sentaba, Enrique no podía disimular su impaciencia.

En su semblante pálido y ojeroso traslucíase una ansiedad y su mirada inquisidora pasaba sucesivamente de los palcos á las butacas, de las butacas á los palcos y de éstos á la inmensa tela, cubierta de anuncios, que ocultaba el escenario.

En otro tiempo, su vista se había detenido muchas veces á observar con atención aquellos grandes avisos, de redacción caprichosa, brillantes muestras del ingenio humano aplicado á la *reclame*; pero esa noche Enrique miraba sin ver, ó, mejor dicho, *veía* lo que no miraba: escenas varias que pasaban por su imaginación con rapidez vertiginosa, como las sombras de un cinematógrafo. Enrique estaba perdidamente enamorado.

Protector decidido del *género chico* (algunos escriben *chica*, pero creo que debe ser errata), concurría asiduamente á los teatros por secciones, y en uno de ellos conoció á Losaida, hermosa tiple que cautivó su ánimo con miradas incendiarias y le valió un suspenso en Economía Política.

A la sazón se aproximaban los exámenes de Febrero, y, aunque no había adelantado gran cosa en el estudio de la mencionada asignatura, Enrique no dejaba de acudir, noche tras noche, á su palquillo *avant-scène*, á embriagarse en la contemplación de la *diva* que le dedicaba sus más dulces sonrisas.

¿Habría adivinado la tiple la pasión que sentía por ella? Y, en caso de ser así, ¿correspondía á su cariño?

Enrique se hacía

estas preguntas, á menudo, sin poder hallar en su mente una respuesta satisfactoria.

Afortunadamente, el anuncio del beneficio de la artista hizo que brotase en su cerebro una idea luminosa.

La oportunidad era magnífica para demostrar á la tiple su amor, haciéndola algún obsequio.

Tomada la resolución, no vaciló un instante en ejecutar su proyecto. Efectuó un minucioso arqueo en sus bolsillos, y, como el resultado fuese poco satisfactorio, acudió al tesoro paternal en demanda de crédito, el que le fué concedido previas las formalidades de rúbrica, esto es, breves consejos sobre economía individual que, á decir verdad, desconocía tanto como la política.

Con los fondos reunidos, Enrique compró al punto un rico brazalete que envió á Losaida, el día de su beneficio, junto con un hermoso ramo de claveles rojos y una breve declaración amorosa.

¿Qué impresión habría producido á Losaida su apasionada epístola? Esto es lo





que ansiaba conocer Enrique, y por eso esperaba con impaciencia que se levantase el telón. Al fin, llegó el momento suspirado. La función dió comienzo, y al aparecer la artista en escena, fué acogida su entrada con estruendosos aplausos.

Fué un triunfo espléndido para Losaida que, al finalizar la obra, salió al proscenio, radiante de gozo y ostentando sobre la blancura del escote un rojo clavel.

—Te felicito, Enrique. Veo que tienes buen gusto. <sup>\*\*\*</sup>

—¿A qué te refieres?

—Al brazalete, hombre, al brazalete. Vengo del cuarto de Losaida y he tenido el placer de admirar esa joya.

—¿Le ha gustado?—insinuó Enrique, tratando de disimular su contento.

—Mucho; pero mira: ¿quieres que te dé un consejo? Pues bien: no gastes el dinero en esas cosas. Losaida no es de las mujeres á quienes se deslumbra con los reflejos de los diamantes; y, además, según he observado esta noche, la plaza está ocupada. ¿Te fijaste en el clavel que adornaba su pecho?

—¡Toma! Como que...

—Pues al volver á su cuarto sonriente de satisfacción por el triunfo obtenido, tomó el clavel, lo llevó á sus labios...

—¿De veras?

—...Y se lo dió al primer traspunte.

Enrique se apoyó en el brazo de su amigo, para no caerse.

VICENTE NICOLAU ROIG

Buenos Aires.



Ilustraciones de PABLO BÉJAR.

## GUAPERÍA ANDANTE

ERA entonces la timba de la *Loba* la de más calidad; tallábanse allí ocho y diez mil duros cada noche; hacía de gallo en la timba un negro feísimo como el demonio, con el alma negra como el cuerpo, bizco y llamado *Meri*; era grande como un castillo; tenía un pechazo de mulo que nadie lo vió igual; patas y manos de mulo también tenía y la lengua de escorpión. Cuando *Meri* dejaba caer las manos sobre la mesa, crujía el tablero y había terremoto, llenándose de confusión aquellos hombres, cada uno de los cuales cumplió ya honradamente su condena en presidio. Tenía *Meri* los labios gordos y coloradotes como tomates maduros, *chitunga* la nariz, patillejas lacias, pelo corto, recio y encaracolado; era un hombre, en fin, que metía miedo, sólo con toser un poco. Cuando entró de baratero en la timba de la *Loba*, acababa de salir de Ceuta; allí le hicieron un corte en la cara; entrábale el costurón por el lado izquierdo de la frente, como si ya al demonio le saliera un pedazo de cuerno.

Estaba *Meri*, la noche de mi historia, junto á la mesa, tirado para atrás en un sillón que crujía sin consuelo; tenía un cigarro en la boca, tamaño como una viga, sujeto con aquellos dientes granduchos y amarillos, como piezas de dominó, y formaba él solo, con su cigarro, una humareda que llenaba la sala.

Las dos de la madrugada serían cuando *Meri* dijo con voz tremenda, que hizo temblar los cristales:

—Se acabó; ya no se juega aquí más esta noche.





Iban á salir todos, cuando se aproximó á *Meri* un hombrecillo, chiquitín, flacucho, de carácter afable y ademán tímido.

Se empinó, queriendo alcanzar con una mano al hombro de *Meri*; le dió en el hombro una palmadita; *Meri* volvió la cabeza.

—¿Qué quieres?—preguntó el negro.

—Decirte que me llamo *Tate*.

—¿Y qué más, *Tate*?

—Suplicarte que me des esa cartera donde te he visto guardar el dinero del *barato*.

—Oye, *Tate*,—exclamó el negro entrecortadamente, por impedirle la risa hablar de otro modo,—¿sabes tú lo que cuesta esto?—y golpeó con una mano el bolsillo donde llevaba la cartera.

Sonrió *Tate* con dulzura y replicó muy cariñoso:

—A mí nada; porque tú vas á regalármela.

—¿Que yo te la voy á regalar...?—El negro lloraba de risa.

¡Era *Tate* tan pequeñín! Pero *Tate* decíale risueñamente y con más dulzura aún:

—Verás tú, cuando pasen unos momentos, lo que te ha costado el no dar la cartera al punto de yo pedir-tela; no ambiciono tu dinero para nada; pero me resignaré á quitártelo si tú no me lo das, porque se me puso, y porque me cargan á mí los valientes de esta tierra y de toda Andalucía.

No contestó *Meri*; designó por sus nombres á *Sinüeso* y *Terroncico*, que eran sus dos más leales camaradas; y después dijo benévolutamente:

—Que venga quien quiera.

\* \* \*

Con los rivales, y los sujetos mencionados, salieron hasta ocho jugadores, anhelantes por saber en lo que paraba tan singular aventura; llegaron en silencio hasta el muelle; avanzaban hacia la farola; el mar estaba furioso, estrellábase á la derecha contra los enormes pedruscos, cubriéndolos de espuma, y á la izquierda venían las olas de allá, de lo hondo, agrandándose conforme avanzaban, imponentes, altas, negras, con bordes espumantes y blancos, como festón de nieve, y en traidor silencio, hasta romper estruendosas, volcándose en la playa como fantásticas torres de cristales; volvíanse luego, arrastrándose al abismo, con acompañamiento de burlonas endechas, formadas por los chinillos y las arenitas... y allá, más lejos, lucía melancólica la luz del faro, verde y amarilla, pareciendo la luz, entre el cielo y el mar, al alma en pena de algún pobre naufrago.

—Oye,—exclamó el hombrecito al llegar al espigón,—despacha, que me mareo con ese ven que te vas de las olas, y yo soy persona muy delicada.

Sacó *Meri* un largo cuchillo.

—Mira,—contestó con benevolencia,—ya voy á darte gusto; anda, y menos música.

—Ca, hombre, si no es música,—dijo el chiquitín,—si yo te pego sin cuchillo y sin nada, para que tú lo veas.

Y diciéndolo, se abalanzó á *Meri* de un salto y le dió una bofetada.

Fué entonces aquello verdaderamente asombroso; lo que no se ha visto ni se verá nunca en los anales de la *guapería*; lanzaron los presentes una exclamación de espanto, y *Meri*, ardiente rugido que dominó al de las olas; iluminaba la luna aquellos rostros, aumentando su palidez; con el bramido del negro, hizo dúo la risilla del *Tate*, y se echó á la vez atrás, resguardándose con gran destreza de un furioso golpe; el gran cuchillo reverberó un momento; los reflejos de la luna relampaguearon en la bruñida hoja, pero cortó el aire la herramienta sin tocar al hombrecillo. Los ojos de *Meri* despidieron lumbre; tenía las facciones desencajadas, contraído la boca, y los terribles dientes los apretaba con igual furia que si hubiesen apresado el corazón del enemigo.

Los que presenciaban la lucha, jamás vieron cosa parecida; disparóse *Meri* con otro *viaje*, saltó el hombre chiquitín como si lo hubiese despedido la tierra, encogió los pies al mismo tiempo y le pasó el cuchillo por debajo.

Oyeron todos que el hombrecito murmuraba:

—¡Pobre!

Estirándose, encogiéndose, avanzando como un tigre, retrocediendo con rapidez para resguardarse siempre de las acometidas del condenado, sacó *Tate* pausadamente un objeto de los bolsillos de su chaqueta; estaba envuelto en un papel; lo desenvolvió tirando el papel luego; era una navaja pequeñita; abrióla y vieron todos



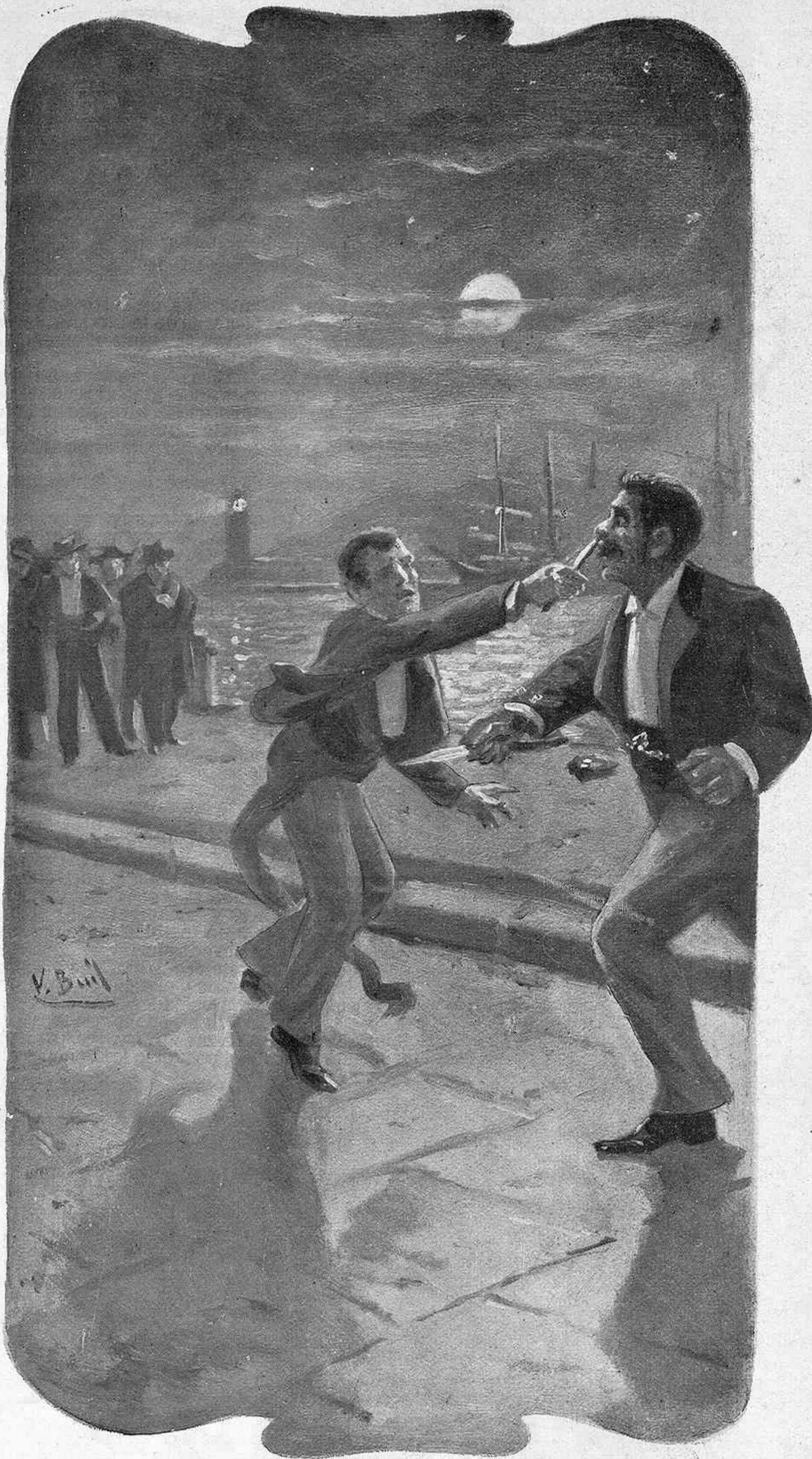
que el hombrecillo, sereno, impávido, con la risa en la boca, tranquilo el rostro y como entreteniéndose en juego agradable, evitó al cuerpo una enorme cuchillada de *Meri*, irguióse después, avanzó á *Meri* sin que éste le pudiera tocar, le amenazó al vientre con la navaja, quiso el otro resguardar aquella parte de su cuerpo y tuvo que descubrirse por arriba; hizo entonces un giro, la fatídica navaja subió rápidamente y, como cosa natural, inevitable, como si no hubiese tenido otro remedio que suceder así, hundió con su hoja la barba del negro; subió, subió más, se metió por los dientes haciéndolos crujir, llegó á la nariz, la partió y, terminando el horrible camino, salió por el lado izquierdo, tocándole en la ceja. Bramó el negro y corrió para ahogar entre sus manos al enemigo, pero hizo *Tate* otro ligero ademán y bastó para que la navaja se hundiera en su vientre; tiró el negro la herramienta del oficio de matón, que nunca más había de ejercer, y cayó al suelo. Revolcábase allí, furioso y mugiente; echaba espumarajos por la boca, abofeteábase sin piedad con la mano derecha, sujetándose con la otra la herida que letumbó; arrancábase túrdigas de la garganta, hundiéndose en ella las uñas.

— ¡*Meri!* ¡*Meri!* — le gritaron los otros; — pero seguía revolcándose, como poseído de tremendo ataque de epilepsia, y era su boca, al mismo tiempo, desbordado torrente de maldiciones y sollozos.

Dió un terrible bote y cayó de bruces; todo había concluído. *Tate* limpió la navajita, buscó el papel por el suelo, la envolvió, se la guardó, y llegando á los testigos de aquel duelo preguntó afablemente:

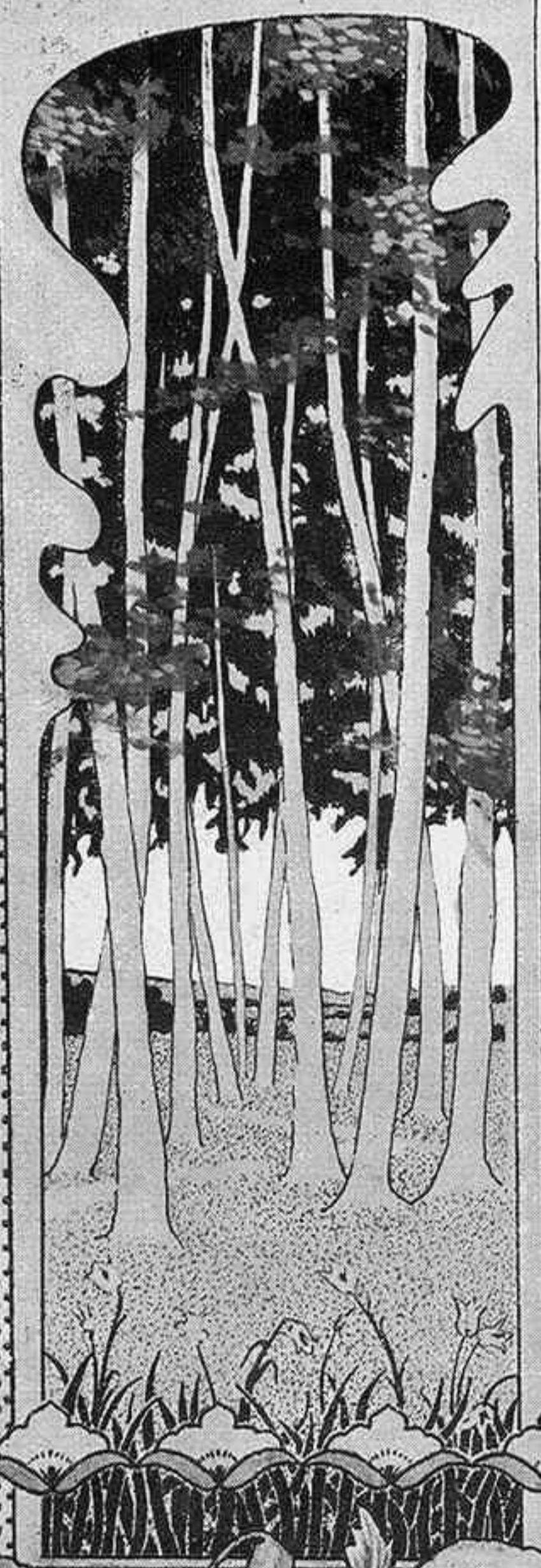
— ¿Puedo llevarme la cartera?

Le abrieron paso con respeto; sacó la cartera del bolsillo en que *Meri* la hubo guardado, la arrojó al mar y se alejó al fin sin volver el rostro, después de dar las buenas noches en tonito de dulzura lúgubre.





# LOS SUEÑOS DE LAS MONTAÑAS BLANCAS



Como blancos fantasmas, en el livido Norte,  
se yerguen los picachos de la nevada sierra:  
como blancos fantasmas sepultan en el cielo  
sus húmedas cabezas.

Nublado gris los cubre con manto nebuloso,  
dando á sus frentes tonos glaciales de tristeza;  
y cuentan los espíritus del aire que en la noche  
entablan un coloquio las cumbres somnolentas,  
los pálidos fantasmas, los gélidos picachos  
de la nevada sierra.

¿Qué dicen? ¿Qué? Los genios del aire no han podido  
resolver el problema.

El extraño lenguaje de las angustas cimas  
es vago, incomprendible, confuso. ¿Quién penetra  
el enigma que guarda la muerte en sus arcanos?  
¿Quién ahonda en los misterios de luz que Sirio en-  
[cierra?

¡Ah! Yo no sé el idioma de esos blancos fantasmas;  
mas sí sé que esos blancos fantasmas sienten, sueñan;  
y adivino sus sueños, más tristes que una madre  
ante el hijo yacente. De la nevada sierra  
los gélidos picachos, envueltos en la bruma,  
sueñan el imposible bajo las nubes densas  
cúe, extendidas en lo alto, cual sábanas de plomo,  
sombrias los contemplan.

Sueñan eternamente las nevadas esfinges,  
con alboradas de oro, con valles y florestas,  
con paisajes espléndidos, con soles deslumbrantes  
y doradas estrellas

Los gélidos picachos sueñan con horizontes  
do pródiga sus dones vertió la primavera:  
las montañas de hielo sueñan con los quemantes  
ardores del verano, que vedado para ellas  
está. Sueñan las cimas blancas como un sudario,  
blancas y somnolentas,  
el imposible. Mi alma también como las cumbres  
de la nevada sierra,

sueña con lo imposible: con cándidos amores,  
con paz plácida y dulce, con dichas sin tormentas,  
con trenes fulgurantes y alcázares de oro..

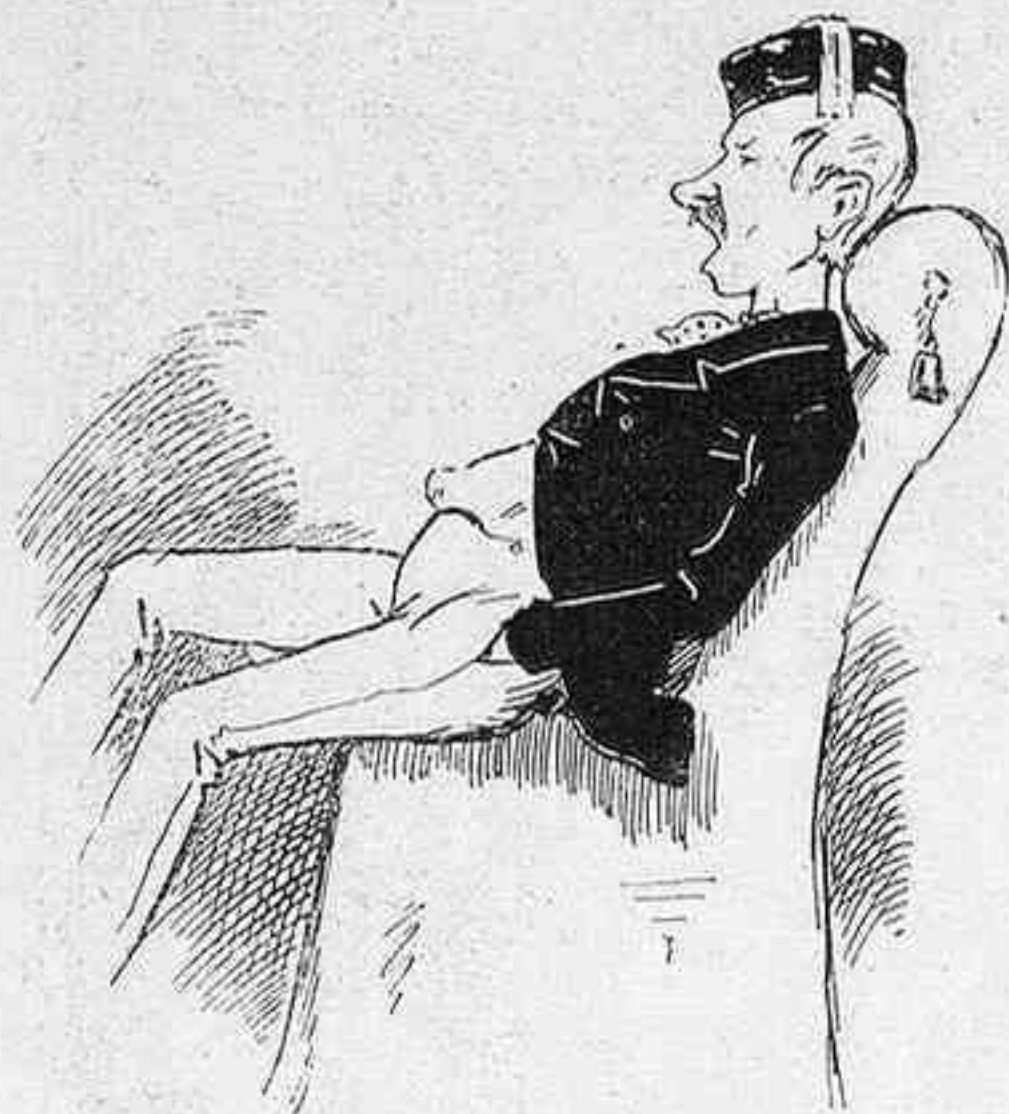
¡Ah...! Son los sueños de esas  
montañas blancas como mis sueños. ¡El tiránico  
y pérfido imposible, perverso los engendra!

PEDRO BARRANTES



Orla de R. Costa.





1



2



3



PARQUE CENTRAL (Habana).

Fot. de R. Corral y Martínez.



4



5



6

Fot. - Tip. - Lit. del «Album Salón.»



# FOLIES-BERGÈRE



# ROBERT MACAIRE

*Cartel publicado por el teatro «Folies Bergere». — París.*

SERIE 2.<sup>a</sup>

Núm. 9